Mis Primeros Ensayos

Vincenzi

M. VINCENZI

MIS PRIMEROS ENSAYOS

Prueba de una Filosofía personal

SEGUNDA SERIE

25 CÉNTIMOS

1916
IMPRENTA LEHMANN (SAUTER & CO.)
San José, Costa Rica

M. VINCENZI

MIS PRIMEROS ENSAYOS

Prueba de una Filosofía personal

SEGUNDA SERIE

25 CÉNTIMOS

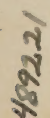
1916
IMPRENTA LEHMANN (SAUTER & CO.)
San José, Costa Rica

Para
don Joaquín García Monge
con un abrazo de
M. Vincenzi
23. dic. 1916. S. J.

PRÓLOGO

Doy a las cajas esta segunda serie de MIS PRIMEROS ENSAYOS con un propósito análogo al que me impelió a imprimir la primera. Sé muy bien que mis escritos carecen de toda belleza, de todo atractivo formal; son escritos indoctos de mente rudimentaria en cuestiones de conocimientos generales, conocimientos de la lengua en primer término, de arte y hasta de filosofía.

Creo con ingenuidad que la lectura de estos escritos perjudicaría a artistas y hombres de ciencia. En torno mío y dentro de mí, la belleza de la forma es inconcretable, ambigua, una niebla. Y es causa de esto, mejor dicho, en parte concausa, cierta multiplicidad, opaca, diáfana a veces como un cielo de primavera tocado de arrogante versatilidad de colores, que es muy característica de mi temperamento. Pero los temperamentos son objeto de cambio. Esto me conforma en parte.



Mi público será de curiosos y de gente creadora, de pensadores, un público reducidísimo. Los curiosos perderán su tiempo, no digo en mi selva, en mis escarpaduras, y lo que es peor, pondrán en peligro el poquillo de juicio estético que hayan conquistado en las lides del arte. Los curiosos son buenos propagandistas de lo mediocre. Líbrenos Zeus de los curiosos.

Bien se puede prejuzgar, con el profundo conocimiento de la primera, el objeto a que tiende esta segunda serie de aforismos o trozos filosóficos. Pero, ¿puedo esperar que alguien se haya aventurado a profundizarla? Está muy mal escrita para esperarlo, y, además, llena de médula, rebosante de novedades atrevidísimas que la hacen inconexa y oscura. Sin embargo, hago justicia terrena *confesando que un filólogo de alguna penetración y mucha cultura filosófica, el autor de una gramática que le mereció a Cejador un alto elogio, la leyó, la entendió a medias, y la aplaudió fríamente, y con miedo, porque está muy mal escrita. ¡Y claro está!, si no se debe olvidar que es un buen filólogo.*

Pero debo hablarles, antes de terminar, a mis censores, unas cuatro palabras. No me refiero a mis pequeños censores de ahora, en su mayor parte ingenuos, que se han puesto a morder, dentro del campo de mis latos designios, hierro con dientes de cera; no es a ellos a quienes

dirijo mi palabra, me da pena pensarlo, sino a quienes habrán de tratar en mí al filósofo. Es claro: a pan duro—el más alimenticio—diente agudo. No olvidéis, queridos y discretos censores míos, que para mi filosofía, todas las manifestaciones de la existencia, las vuestras, las mías, todas, *constituyen, si de verdad son, la realidad de algo. De mí sólo os diré que me siento filósofo entre mis progenitores y mis contemporáneos.*

Amigos censores: os estrecho entre mis brazos de acero, adiós; no olvidéis enterrarme en una tumba viva: el estómago del cuervo.

M. Vincenzi.

San José, Costa Rica, 1916.

18 de Noviembre de 1916.

Al señor don Moisés Vincenzi.

Joven Filósofo,

El amor de la Filosofía implica un profundo amor de virtud. Pensar y escribir de Filosofía es ejercicio de almas de selección, no tan sólo de inteligencias de privilegio. Porque exige de quien lo hace algo así como una acomodación de la vida al pensamiento cardinal de la Filosofía que se profesa.

Su devoción por Nietzsche me complace, desde un punto de vista: ha descentrado su inteligencia de rutinarias sendas. Pero entreveo un peligro para su labor: la paradoja. Porque una buena suma de lo que a Ud. ha sorprendido como trascendentes novedades en el autor de la Gaya Ciencia *es obra de negación y de paradoja.*

Y un diferente aspecto de sus escritos deberá ser cuidado: es su estilo. La nitidez de la expresión es en Filosofía de absoluto rigor. Y es esta la oportunidad de señalar a Ud. el otro peligro a que se expone Ud. desdeñando la herrumbre

de la erudición por el temor de ir a perder en medio de ella los relieves de su originalidad. Es sencillamente preocupación. Si hay en Ud. un sello distintivo de su personalidad no se perderá en la compañía de los grandes pensadores, los cuales son más grandes mientras más sugieren; no son absorbentes.

El público de Ud. será pequeño y quiera el Cielo que lo siga siendo mientras vaya Ud. a la sombra del bosque de Nietzsche, en donde hay tantas plantas ponzoñosas para el alma de una delicada juventud.

R. Brenes Mesén.

Aforismos

51.—Creo que para condicionar lo suficiente nunca se condicionará lo necesario. Idea terrible, mole para las espaldas vigorosas. ¿Habré de separarme de esa idea por miedo de no llegar a concretar?

La determinación figura entre las enfermedades más viejas del pensador. Todos llevamos en la sangre alguna porción de su virus. Y determinar es destruir probabilidades de continuación, es inhibir, es tenerle miedo a lo ilimitado, es tarea de miopes.

La separación real es inconcebible sin las fronteras de la nada. Cuando veáis nada en torno de algo, denunciad la *unidad absoluta* o por lo menos algo parecido a esa unidad.

Se condiciona en virtud de la indeterminación. Toda determinación, inclusive la de esta proposición *condicionadora*, tiene aspectos que desconocen los hombres (para dejar una probabilidad

de algo o alguien que puede existir capaz de conocerlos) de continuidad por el *medio*, de donde desprendo que *somos lo que no creemos que somo*s y conocemos las cosas de modo *parcial ilimitado* (?) en cuanto existen encadenadas o fundidas al conjunto, porque en esa virtud, fuera de las cosas, no hay conocimiento claro y distinto, en cuanto puede haberlo, con ese carácter, puesto que no hay conocimiento absoluto sin determinación absoluta.

Pensadores: la absorción que implica la obra de concentrarse, no da un conocimiento absoluto mientras no haya una absorción absoluta del conjunto.

*

52.—Concebida la *originalidad* como medio de buscarse a sí mismo el ente, es propia del curso natural del desenvolvimiento; explicada en otra forma, es impropia del curso *laudable* que deben acatar nuestros poderes en sí.

Por eso impreco la *divina* tiranía de la Biblia, cuyas palabras, *en gran manera* sugestivas, son carlancas para los pueblos cristianos; impreco esa profunda sabiduría del autor de «*Así hablaba Zaratustra*», cuyo poder de sugestión me hace amarlo por sobre todo el rebaño humano. ¡Oh embriagadora literatura bíblica! ¡Oh sabiduría sublime de Nietzsche!; sima a donde caen los desmoronamientos de las cumbres nevadas, yo no debo ser sima, falda ni cumbre. Mortificáis mi originalidad, mis narices, los que señaláis lugar determinado a vuestros malos olores. Y

sobre todo debo amar antes que a San Pablo y Jesús, antes que a Nietzsche, mi *yo*, porque ese *yo* es el centro de mis operaciones. Amo el universo en cuanto soy *yo* y porque soy suyo hasta el infinito, porque es mío hasta donde soy suyo; le amo en mí mismo y tengo obligación de admirarle en el *yo* indeterminado, arcano, múltiple y ambiguo que se levanta en el mundo como una sombra pensativa y sublime.

Ante todas las cosas, el *yo*, señor Pascal, el *yo* hambriento, el insaciable.

*

53.—Ahora creo que Nietzsche es el pensador más grande que ha tenido el mundo. Le digiero bien y me es muy agradable; es a quien leo con más gusto. Es un gran *embaucador* de conciencias vulgares y superiores.

Conocida la ley fácil es sacarle provecho y esquivar sus golpes.

*

54.—*Para embarazar mi principio de la desigualdad.*—Por ventura, ¿cómo, en qué forma se mantiene el universo en ese *modo* tan particular de equilibrio en los movimientos, si para toda equilibración urgen leyes compensativas, es decir, leyes uniformes cuya uniformidad implica, en cierta manera, igualdad de partes dinámicas deseosas de hacer desaparecer hasta la misma analogía por la igualdad absoluta, por el estancamiento absoluto de la mónada fuera del tiempo y el espacio, la extraña a todo género de transformación?

Me inclino un poco en favor del principio, porque probablemente el movimiento constante, las denominadas leyes activas de la compensación, obran en virtud de una necesidad categórica y constante de complementar, de compensar desigualdades. Pero, ¿no es un deseo extraño y caprichoso, sin explicación satisfactoria, el de perseguir eternamente una cosa que es imposible de alcanzar?

Aquí se yergue ante mis ojos un gran signo de interrogación, el enigma de la voluntad, la voluntad en el sentido cósmico, en el más amplio sentido de la palabra, voluntad, cosa maravillosa, infinitamente maravillosa, subterránea bajo las representaciones, en las representaciones, no sé donde, se yergue irónico como un arcano, diciéndome en una música imposible de alcanzar en la consumación de todos los siglos: *si deseas conocer el Kosmos, absórbelo; el «conócete a ti mismo» es una hermosa locura, pero locura; absorbe mi arcano insondable,* ¡oh criatura desconocida!

*

55.—¿Por qué no eres capaz de conocer el enorme conjunto del Kosmos? Todos los hombres y todas las cosas son impotentes para esta tarea mientras no sean el universo mismo. Esta es una impotencia del Dionisios de Nietzsche y de todos los pensadores. ¡Dionisios el pleno, el fuerte entre los fuertes!

*

56.--En la «*Metafísica del derecho*» de Kant es asunto serio ver cómo nuestro reputadísimo filósofo se hunde en determinaciones metafísicas de lo útil y lo inútil; y Cicerón, asimismo hace en su «*Tratado de los deberes*», en páginas amenas y muy discretas para su tiempo, acerca del problema, en largas clasificaciones llenas de ingenio y extensa erudición griega, de obligaciones, lo honesto y lo útil, lo inútil, lo injusto, lo bueno, lo feo, lo bello, lo malo, etc. etc., sin pensar en darles a sus conclusiones un carácter *condicional*.

Este género de filosofías deterministas tienden a hacer impecable al libro. No, señores filósofos; los libros como las inmortalidades con que alardeamos en las biografías, autobiografías y elogios diversos, tienen su época pasajera aquí en la tierra.

El *super-hombre* enterrará al hombre; el *super-super-hombre* a aquél. Y cada uno será la tumba de las entidades inferiores.

Evolución e involución constituyen una energía demoledora de juguetes y pueriles megalomanías.

*

57.—No podríamos imaginar la idea más sencilla que produjera una montaña, un astro entero, cuya materia estuviera espiritual, cerebralmente constituida. La idea de la desorbitación universal de los astros, en una representación patética y simultánea de enorme cantidad de imágenes, le sería sencilla, diáfana.

*

58.—A ver más allá de las estrellas la forma que las envuelve y más acá las constelaciones que caben dentro de una almendra; a percibir la armonía de las esferas y la armonía de los movimientos internos de los cuerpos en su transformación sorda, arcana; a sentir el olor de una piedra preciosa y gustar el sabor de su aroma; a percibir con la yema de los dedos las montañas de un cristal pulido, a todo ello tenderá el mejoramiento de los sentidos humanos.

*

59.—El bien y el mal son las dos columnas de la vieja y la nueva filosofía. En lo futuro habrá templos de mil y más columnas.

*

60.—La idea es proyección de realidades. Está, por todos sus lados, unida al resto de las cosas. Hay ideas en el individuo en suspensión; estas son las que unen la mente del *ego* con el resto de las realidades universales.

La idea es la representación en pequeño de la cosa o las cosas ideadas en lo que desea explicarlas o las explica. La idea es algo de hecho si algo pueden ser las representaciones en este mundo de sombras fantasmagóricas; es singular combinación de formas sutiles y muy enérgicas. Cuando se la recuerda en peculiar comunidad de aliación (*imaginación*) con sus colaterales, en virtud de la interferencia de línias, aristas y del traspaso de vértices, (sustituyendo la idea arcaica de líneas y puntos: *cordones y núcleos*) roce

y mezcla de volúmenes, etc., la *idea es algo que no explica las cosas de fuera sino en cuanto estén dentro.*

*

61.—Soy un genio.

*

62.—La egolatría es el cielo de los genios.

*

63.—Schopenhauer es un buen filósofo para gente seria y para medianías; es más agradable y útil para estas últimas porque ejemplifica mucho. Los libros de Schopenhauer como los de Emerson, Nietzsche en gran parte, Spencer, Darwin, Voltaire, etc., etc., son obras *didácticas* arregladas para muchedumbres.

*

64.—Cuando el mazo cae sobre el yunque jamás deja de transformar y de transformarse; antes de caer deja un vacío en el aire. Y todos los hombres y las cosas somos mazos y yunques.

*

65.—En su mayor parte y en la fundamental los conocimientos del hombre son sombras complejas del mundo.

*

66.—Deseo pasar los mejores años de mi vida lejos de los hombres, en una montaña, con la

que va a ser mi compañera. Deseo cultivar la tierra y cultivar mi espíritu, lejos, muy lejos de la ciudad.

*

67.—Sueño a menudo dándoles bofetadas a mis enemigos. No recuerdo haber visto en esos enemigos el efecto de mis golpes. En efecto, así soy en la vida: me tiembla el puño para hacer daño; soy un cobarde. Sucede que pienso demasiado mis actos.

*

68.—Apenas hay quien me comprenda en el país.

*

69.—Ya no es original singularizarse; singularizarse es la regla, hoy día. Y me singularizo cuando estoy decadente y turbado.

*

70.—La fe ahoga mis fracasos.

*

71.—Es necesario que invente alguna cosa útil a los hombres. Ser sólo filósofo es vivir en el futuro. El núcleo de nuestros propósitos es del presente. Es necesario que invente algo útil.

*

72.—Ningún poeta o sabio conquista la grandeza si no llega a ser filósofo a fuerza de ser

sabio o poeta. Pero un filósofo sin poesía y conocimientos particulares de ciencia es inconcebible.

*

73.—En Costa Rica se ha escrito de filosofía, pero no por manos de filósofos. Conmigo, por primera vez, se presenta en el país el otro caso. Costa Rica debe estar de plácemes.

*

74.—Pretendí hacerme sacerdote para tener tiempo de meditar en los asilos conventuales. También pensé en que necesito engendrar un hijo sin comprometerme. Pero, ¡los estudios de lenguas muertas!, ¡ay, Dios mío!

*

75.—Soy matemático sin saber sumar con el lápiz.

*

76.—Hacer cincuenta obras voluminosas para llegar a ser un Gómez Carrillo o un Vargas Vila, es una triste miseria. Los modernos escriben demasiado. Casi todas las obras de los modernos son insulsas cuando no son plagios. Escribir frases bellas es una tarea de artistas sin médula.

*

77.—La egolatría se prostituye en los escritorios de los literatos modernos. Somos ególatras

por moda. Nietzsche tiene la culpa de este movimiento. Los grandes hombres son culpables de grandes cosas. Nacen para que se les imite mal.

*

78.—En nuestro país hay intelectuales que se ocupan nada más que en estudiar naderías. Todo lo estudian profundamente y por eso se hacen fonógrafos.

*

79.—Si los hombres dieran de lo que les sobra, sería equitativa la mendicidad.

*

80.—Ejemplo de lo ascendente en lo descente es el trato paternal con que se relacionan ciertas personas con sus superiores.

*

81.—Se cabalga en mal caballo cuando se cabalga en buen jinete. Es bueno, a veces, ser caballo dócil.

*

82.—Gusto hacer censura de mi obra para no darles mucho trabajo a los críticos. Los críticos poco malo tienen que decir de mí. Esto es hábil y generoso.

*

83.—Necesito que me crean los eruditos; tampoco son despreciables los tontos. Justamente

por ese motivo hago citas de gentes que ni conozco ni me importa conocer.

*

84.—Amo los espacios astrales; amo los astros con delirio de poeta enfermo y caduco. Ningún astro es la negación de los otros.

*

85.—Condiciones pecuniarias me hacen irme el jueves próximo a recibir lecciones de pedagogía en la *Escuela Normal*. Después de un año de disciplina escolar se me dará el título de *maestro*. El mundo anda de tal modo, que obliga a titularme, a mí, pobre filósofo. Ocuparé mi antiguo banco de discípulo.

*

86.—Mi padre, Ceferino Vincenzi, vino a América desde los Apeninos atraído por este aforismo. Después de treinta años de rudo trabajo casi infructuoso empieza a ver lucir su tesoro, su hijo. ¡Oh padre!, no viniste en vano a América.

*

87.—A todos nos gustaría ser oradores, no por orgullo, por vanidad especialmente. La oratoria embarga la inteligencia de pasiones malas y pensamientos sietemesinos. La oratoria es una madre que aborta casi en todos los casos.

*

88.—Nadie puede salirse del *ego*. La impersonalización es el ascenso a las más altas cimas del *ego*. Hablemos más literalmente.

*

89.—«*La música*—dice un amigo mío—*es la concentración psíquica más expansiva*». Y yo, inspirado en su pensamiento y generalizando, digo: *a mayor afluencia centrípeta corresponde mayor flujo centrífugo.*

*

90.—Es de interés abstraer y generalizar en todo. La abstracción generalizada es el producto de esos actos. La centralización no se comprende sin la unidad indivisible e inalterable; es por eso que abstraer no es centralizar. Abstraer es nuclear.

Es preciso abstraer, nuclear en la mente tendiendo a la única individualización posible: la unidad relativa.

*

91.—Hablar de las naciones como de individuos cuyas características esenciales sean las de la individualidad absoluta, es necedad. Nietzsche aprendió de Schopenhauer a ser necio en ese sentido.

*

92.—Si mañana tuviera tres veces mayor que hoy la inteligencia, me reiría de mis obras del pasado como de las obras de un niño. Es que

todas las ideas son absurdos que sustentan cuando parecen buenas. El devenir nos convierte en plañideros.

*

93.—Noventa y tres eslabones tiene mi cadena. La cadena es símbolo de esclavitud. Con el tiempo crece mi cadena. Ayer fuí menos esclavo que al rayar la aurora de esta mañana, pero siento un febril regocijo al recordar que hoy soy menos esclavo que dentro de cinco años. ¡Oh, las cadenas!

Protestar de las cadenas ha sido mi tarea principal desde que empecé a fundir la mía.

Sublime es el chisporroteo de la carne viva cuando se abrasa. Terminaré mi tarea trágicamente; echándome de cabeza en la fragua.

*

94.—¡Agua, agua! amigos, siento sed.

*

95.—¡Madre, madre mía!, levanta los ojos a tu hijo; está sacrificado por su propia mano. ¡Oh, madre!

*

96.—Vivimos en el cielo de otros y otros viven en el cielo nuestro. Esto es una confusión lamentable. La tierra está suspendida en el cielo de los marcianos y los selenitas.

*

97.—Nada más a propósito para representar en una forma sabia el valor del progreso que los pechos de la hembra. Pero los hombres, en quienes obra ese progreso, gustan de apretarlos, pellizcarlos, hasta dejarlos en condiciones poco estéticas. Es ley que lo más bello pida su propia destrucción con el atractivo de su belleza. Es por eso que no culpo a los destructores de los símbolos más útiles y sugestivos.

*

98.—¿Habrá para siempre necesidad de la palabra articulada, en las relaciones de los hombres? Algún día no habrá la necesidad de los puentes para cualquier zanja.

*

99.—Los genios son *espanta-pájaros* con las cabezas llenas de paja.

*

100.—Hay *espanta-genios:* el *super-hombre* y el *super-super-hombre.*

*

101.—Mi templo de las mil columnas estará alumbrado por mil soles; ¡tanta sombra será necesario arrojar de sus enormes naves de pensamiento! ¡Qué maravilla de templo, jamás soñada entre los hombres! (af. 59).

*

102.—Pocas veces sirven las controversias para

crear. Las controversias se prestan para hacer ejercicio de habilidad y de prueba. Pero esta habilidad y esta prueba son superficiales. Hay excepciones.

Los jóvenes entramos en controversia por pedantería y vanidad. Por más penetrantes que seamos, deseamos mundo.

*

103.—Explicar las ideas es buen ejercicio; casi siempre ejercicio de alteración, por no decir siempre. Y es natural; esa alteración puede mejorar o empeorar la idea, pero nunca mantenerla a una altura rigurosamente precisa.

Para explicar las ideas personales es indispensable hacerlo con espontaneidad. Explicar por oficio perjudica al sabio y al filósofo. Es criminal obligar a los creadores a un profesorado.

*

104.—Ámate y serás bueno, peregrino; son buenos los que desean serlo. Y en último término, la bondad no sólo existe en las lágrimas y en las alas del querubín. Ámate y serás bueno, peregrino.

*

105.—Jóvenes: olvidemos que somos discípulos. Vayamos al grano. Enseñemos a nuestros maestros a olvidarlo. *Gutta cavat lapidam* y nuestros deseos son gotas de acero.

*

106.—Jóvenes: ¿á qué viene el afán de precipitarse en lo que concierne a la gloria mundana? No niego la utilidad que se desprende de precipitarse en algunos mundos, como un relámpago en el abismo de una sombra desconocida. Pero, ¿precipitarse en cosas de niños? Nombre para nosotros, respetos, benevolencias, adulaciones, llegarán a estorbarnos a su tiempo.

Surge et ámbula, juventud.

*

107.—*Sic tránsit gloria mundi,* entre citas latinas y demás operaciones del charlatán, teñidas de realidades arcanas e ignotas penumbras, sangrando histeria.

El color del mundo es *abigarrado*, juventud.

*

108.—Egregia juventud: aprende a honrar al sublime *Castrado*. Hebe debe servirle el vino a Urano y nada más que a Urano. Júpiter es inferior a su padre. Pero Urano ama nada más que la idea que vibra en el misterio. Urano es el tronco de la filosofía misma; Urano es la ignota idea del misterio.

*

109.—Cuando se denuncia el *corpus delicti* en uno mismo, se adquieren con honor las credenciales de árbitro.

*

110.—Juventud, juventud: serás objeto de odio

de parte de los viejos cuando puedas levantar la voz para decirle al mundo: *he de aflojar el mazo para convertirme en combustible de la fragua; la fragua y no los decrépitos constituirá mi piedra de toque, la abrasadora fragua que alimenta en candencia el carbón de mi mente, la fragua en donde me henchí de llamas y harté de vergüenza mis flaquezas.*

*

111.—Fácilmente se consigue la sublimidad con cierto tono profético de la oración. Seamos profetas y conseguiremos la admiración de los hombres.

*

112.—Cuando decimos, «*el universo*», determinamos—a lo menos lo creemos así—unidad de existencia después de la determinación también implícita de *existencia*. ¿Es justa la enumeración humana refiriéndose a la esencia de la realidad del mundo? En otra parte he planteado esa duda. Decir «*existe*», ¿no es determinar y numerar implícitamente? Aunque excluimos el *modo* de su existencia hablamos de una gran unidad; hablamos como si fueran las voces, los pensamientos, lo que deseamos determinar, y, después empleamos la *ilusión* de la *gran unidad*, esas insolentes determinaciones como bases de conocimiento matemáticamente exactas. Las palabras son imprudentes determinaciones hasta de los *modos*.

*

113.—La obra de Rousseau me merece tanto respeto como su sinceridad, a pesar de que produjo y produce revoluciones en muchos sentidos. Cualquier obrilla es suficiente energía para revolucionar entre tontos.

De manos de un mercenario era casi indispensable que saliera una obra enferma.

*

114.—*El conocimiento humano está tan distante de ser el real en absoluto, como ese conocimiento esté distante del principio y del fin del universo infinito.* (Estas últimas determinaciones son humanas determinaciones que no existen.)

Luego, el modo de la existencia de la inteligencia, derivado de la existencia universal en virtud del seccionamiento del modo, es imposible de conocerse sin tener noción absoluta del universo, de donde concluyo llanamente que el «pienso, luego existo», no es otra cosa que una egregia alucinación.

*

115.—El esoterismo y el racionalismo han influído en proporciones semejantes en el desarrollo de la filosofía *determinista.* Y en el mundo no hay más escuelas que la esotérica y la racionalista, aunque las apariencias nos digan otra cosa.

Mi pretendido *indeterminismo provisional* no da un paso sin caer en determinaciones falsas. De tal modo llevamos en la sangre el virus de una enfermedad crónica, profundamente crónica. Y estas palabras implican una caída.

*

116.—Mi ilustre colega: de una manera satisfactoria usted consiguió invertir las antiguas tablas de valores con grande admiración del mundo de la filosofía. El triunfo de usted es único en la historia. Pero le confieso con ingenuidad, que no veo, que no puedo ver en eso sino una constante y simple voltereta del pensamiento llevada a sus más cuidadosos y trascentes términos. Con otra voltereta delicada y hábil de sus valores, sería yo capaz de presentarle al mundo un nuevo sistema de filosofía tan digno de aplausos como el suyo. Cábeles a *sus valores* el mismo procedimiento empleado para darlos a luz a costa de los antiguos valores; a costa de los suyos atreveríame a vivir veinte años escribiendo filosofía original. Ud. ha parado el huevo y merece por ello el título de filósofo entre los filósofos. Pero después de eso quedan muchos que pueden parar el huevo con tanta habilidad como el maestro.

Temo que no seamos en este mundo sino vulgares malabaristas más o menos afortunados o desdichados.

¡Quiera el cielo que el calor de mi fragua sea una quimera!

He de pedirle, ilustre colega, insigne batallador del pensamiento, el más grande entre los grandes filósofos, antes de despedirme de usted, que no olvide nunca a su discípulo, quien no

cree en los buenos discípulos ni en los buenos maestros. Hasta más tarde, sombra fatídica.

*

117.—Querida mamá: tu hijo retrocede en sus estudios; ayer no más no podía leer con la atención y el respeto que se debe a los buenos autores; se ha vuelto imprudente con los mayores y no es ya tan cariñoso con sus compañeritos como ha un año; gusta de la extravagancia en la comida; la miel no le agrada sin sal y el revoltijo es el manjar más apetecible para su torpe apetito. No tiene más excusa tu hijo que el inveterado capricho de hacer lo que place a sus bárbaros deseos; diríase una fiera imposible de domar, arisca y agresiva.

Si no vienes a enmendarle terminarán sus compañeros y sus maestros por aborrecerle, y lo que es peor todavía, por comprenderle, a pesar de las apariencias, que no parecen ofrecer esperanza alguna. Vén pronto y asila este monstruo en un convento.

*

118.—En mi mente bulle lo que precisamente no deseo que aparezca; más tarde no pensaré lo que hoy deseo pensar.

*

119.—Querido hermano: como soy mayor que tú y más fuerte, me debes respetar, me debes admirar. Las cataratas de tus ojos no impedirán que lo hagas. Ayuda a tu hermano con el con-

sejo de tu desdicha, que no es de tu patrimonio aconsejarme sino con el consejo de tu propia flaqueza. Calla, hermano, y ayuda a tu hermano con la obra viva de tu dolor. La falta del hermano debe poner enmienda en el hombre. Adiós, hermano miope, que la fortuna te sea benévola.

*

120.—Una sonrisa especulativa es suficiente para hacernos misántropos sin necesidad del retiro. Evadir luchas que llevan en sí la probabilidad de un retorno, es no amar la oportunidad que da el aliciente de la conseja. La pluralidad de los sentidos puede desarrollar con éxito sus capacidades perceptivas, en plena borrasca. Pero seamos misántropos en alguna forma en tanto la vejez no nos haga asilarnos en la idiosincracia enferma de los hombres.

*

121.—Cansarse de sí mismo es una señal de madurez. Pero la planta tiene muchas oportunidades de madurar frutos. Podar la planta es una noble tarea. La periodicidad es un ritmo.

*

122.—Hay hombres que son, con mayor notoriedad que los otros, a la vez, *escépticos, optimistas* y *dionisiacos.* En estos fenómenos opera la ley sublimemente mentirosa de la *gravitación universal,* u otras leyes que actúan, en cuanto son ilusorias, en la mente humana que las elabora o las cree.

*

123.—El arte consiste en cierta manera de ver las cosas—refiriéndome a la acepción vulgarizada de la palabra, más o menos variable—y no en el conocimiento claro y distinto de esas cosas.

*

124.—Hoy, en un día, se imprimen tantos escritos, como en otros tiempos se imprimían en veinticinco años. La plétora de libros pide, necesariamente, la elaboración de los grandes resúmenes; así, la plétora de los acontecimientos históricos, necesitará sacar, fuera de nombres, épocas y lugares, las grandes líneas que caracterizan la historia.

*

125.—No sé si debo el poquillo de satisfacción que tengo de mí mismo, a mis mentiras o a mis verdades.

*

126.—Toda idea probablemente goza de una realidad: la de la manifestación o representación de sí misma.

*

127.—Tener una idea muy elevada de nosotros mismos, equivale a estar preparado contra las adulaciones, cuando esa idea está descansando en una justificación firme. El escepticismo

contra los juicios ajenos que nos conciernen es buen producto de la estimación que nos merezcamos, si nos la merecemos grande. Estimarse demasiado es para hastiarse de la vida, aunque esta estimación se justifique con los méritos personales que la han provocado. El grande es inquieto por fuerza.

*

128.—Escribo con las mandíbulas apretadas y el puño cerrado. Así difícilmente se me escapa una palabra superflua. Vivo mis intenciones enérgicamente y detesto la nimiedad de todo género de convencionalismos ridículos. Necesito lectores capaces de comprender la fuerza de este aforismo.

*

129.—Le debo a mi padre lo que corre en mi sangre que es europeo; pero mi pobre madre me debe lo que en ella es indio o americano.

Ese es un apunte ligero que servirá algún día para llenar alguna cuartilla de inútiles referencias. Este es mi primer saludo a mis biógrafos.

*

130.—Las seis de la tarde de un hermoso día de primavera. Sentado bajo la sombra de un magnífico sauce a orillas de un riachuelo, con los ojos puestos, allá, en la lejanía, donde se abismaba el sol detrás de las montañas, se preguntaba monologando el filósofo, deslumbrado por la maravilla del universo, qué constituía la

existencia de los mundos. Y exclamaba mordiendo las palabras y viendo por entre las ramas, cansadas de vivir, la melancólica filtración de los rosados rayos crepusculares, con las manos hundidas en la verde melena del césped. ¡Oh, el universo, esta vastísima representación de realidades interrogadoras, es lo que jamás llegaremos a comprender! Pero súbita, inesperada alegría dulcificó las líneas de aquel rostro austero, y, su boca, dibujando en sus movimientos tenue sonrisa, dijo en animado y nervioso soliloquio: ¿no debes conformarte con que exista en el Kosmos, una voz de ese Kosmos que le interrogue de sus designios, de su mismo origen? ¿No eres tú esa maravillosa y extraña voz? Eres un arcano inescrutable, un misterio, un hondo misterio. Confórmate, filósofo, que no eres menos que un incognoscible enigma...

El sol en aquel momento formaba en el ocaso, con extraordinaria magnificencia, filtrando sus rayos de oro entre la gasa de las nubes, un abanico de luz que se prolongaba hasta lo más alto del cielo.

*

131.—La inteligencia y el sentimiento, prolongaciones polícromas del *yo, indeterminado y complejo,* y que se traducen en semejantes finalidades cognoscitivas, constituyen, más confundidos en ese *yo*, en alianza íntima, una reserva tremenda de fuerzas listas a obrar mediante energías poderosísimas.

Los orientales se han adelantado a los occi-

dentales—refiérome a las tendencias que más los caracterizan—en conocer que esos dos aspectos, sin que se les haga diferir mayor cosa en sí mismos, producen, ligados, una razón superior a todo arcaísmo de reglas escolásticas, tan viva como el relámpago y tan eficaz como la misma chispa del rayo. Pero lo han hecho imbuídos en sombras, ocultos, en taciturnas misantropías, como quienes se preparan a hacer la conquista de toda la sabiduría revelada por magos blancos en el mundo de lo *suprasensible*, que, cándidamente confiesan conocer, es decir, *sentir*, lejos, en lo inexpugnable y lo secreto.

Pero, basta. Es mucho lo que el mundo les debe, y lo que les deberá será más todavía. Puede dejárseles hablar de lo suprasensible.

*

132.—Hombre: piensa a la vez que obras; corrígete en alas del pensamiento; sé múltiple para sentir y múltiple en movimientos internos; sé audaz, voluble, firme para operar; ama a tus hijos sin esclavizarte a ellos; sé veloz, sé lento; ama la música y ama el número; ama la sangre y el agua; sé piloto y sé remero, sé aeronauta; duerme en paz y engendra tempestades; detén la lluvia y penetra en el interior de tus semejantes; sé escudo y lanza. Saturno matará al que sólo es diáfano en este mar de fuerzas complejas. Saturno es polícromo.

*

133.—La Biblia, la santa y la insuperable, es

una obra de gigantes histéricos. La Biblia no es un desfile de verdades absolutas. Es tan sólo un desfile de titanes y un vasto asilo de dioses que mueren; es un bramar de truenos.

*

134.—Si no pensaran los hombres tal como piensan, ¿serían acaso hombres? ¿Tendrán razón de ser los disparates del hombre? ¿Permite la naturaleza, de la cual es parte el hombre, la existencia del error? ¿Habrá errores y verdades en el plan de los mundos? ¿Es justa, sabia, la *demostración* aristotélica?

Sentir con suficiencia la enorme responsabilidad que entrañan estas preguntas, es atormentador. Si los flacos de inteligencia la vislumbraran quedarían anonadados. Pero talvez aventure juicios.

Hagamos una última pregunta y meditémosla. Los sistemas en su conjunto, ¿cabrán en una o en muchas grandes verdades?

He allí los torbellinos que arroja el cráneo de un filósofo.

*

135.—El orgullo noble tiene su castigo: el escepticismo que inspiran las capacidades que le justifican.

*

136.—Pienso, luego en el universo existe pensamiento. Amo, odio, me alegro, sufro, luego amor, odio, alegría, sufrimiento, son porciones de los mundos.

———

La fenomenología de la conciencia es lo más noble que conocen o pretenden conocer los hombres.

*

137.—Hombres: si el mundo no es una quimera, de cualquier naturaleza que seáis, al fin y al cabo sois. Y nos es común a todos una fuente de esencias frescas e inextinguibles.

*

138.—Ciento treinta y ocho leones habitan mi pobre desierto, y un oasis solitario refresca su atmósfera de fuego: mi pensamiento.

Suelen los dolores llenarse de arrogancia cuando hay ambiciones, aspiraciones nobles.

*

139.—Viejo que me leéis, tú, buen viejo, al través de tus anteojos entra a tus ojos turbios el alma madura de un joven que necesita de ti. Es necesaria la actitud venerable del viejo para recibir a un pensador joven, cuando éste necesita como un anciano, de apoyarse para dormir en la autoridad de sus mayores y tomar descanso.

*

140.—Las ideas son pasiones en larva. El deseo es la característica de las pasiones, y no es posible la presencia de la idea sin el deseo, forzado o espontáneo—que de ambos modos existe porque en la heterogeneidad del yo obran

fuerzas opuestas—que es quien le da a esas pasiones, fuerza.

Apliquemos la manifestación de cualquier idea con energía a los motivos del compañero más cercano, al compañero más útil, al inmediato, apliquémosla a nosotros mismos, y la convertiremos en pasión madura.

*

141.—El materialista se equivoca cuando ve las cosas de la vida con desdén. ¡No hay palabras para admirar debidamente el menor movimiento de la naturaleza! ¡Bendito desdén el del materialista!

*

142.—Alguna embriaguez sorda sufre el *yo* cuando resuelve calumniarse a sí mismo.

*

143.—Suele afirmarse, entre los más reputados pensadores de todas las épocas que sostienen la armonía universal como principio del equilibrio de los mundos, que el mal es una disonancia. Yo no afirmo que el mal sea una disonancia porque no sé lo que es armonía ni inarmonía. Tampoco creo que hombre alguno lo sepa, en la tierra. Pero mi afán de señalar una crasa contradicción de las más extendidas, se justifica.

Si en el Kosmos sólo existe la armonía, el mal no puede existir en el Kosmos, la inarmonía. Esa es una contradicción flagrante.

He aplicado con éxito evidente las reglas aristotélicas, en las líneas precedentes, señalando una contradicción digna de avergonzar a la mayor parte de los preceptistas contemporáneos.

Las reglas aristotélicas prestan grandes servicios, a pesar de ser muy relativas, más de lo que se las imagina.

*

144.—El hombre no es otra cosa que lo que ha debido ser. Todo ser sigue el curso correspondiente a sus representaciones. Quien tiene energías, para aumentarlas, exige una relación lícita. La educación no se recibe si el ente no está preparado de modo intrínseco para procurarla. La cópula es anterior a la absorción y ésta no se supone sin la afinidad genética. Los recursos educacionales deben referirse a estos principios de metafísica. Es curioso observar que si las fronteras no existen, el hombre está relacionado con todo, y se prolonga hasta el infinito. En consecuencia, así el hombre, como las piedras, es susceptible de un desarrollo infinito. Todo ser está capacitado para ser el principio, por lo menos, de una nebulosa gigante de energías. La educación no debe pretender sino conseguir, sustrayéndose de todo rodeo, la mayor *cantidad*, la mejor *calidad* y la *modalidad* más fina, en su afán de acaparar multiplicidad de poderes. Por lo demás, con lo que respecta a estas tres quimeras de orden lógico, guardo silencio.

*

145.—El gran Kosmos, ¿gana algo con *nuestra* evolución? Lo que fué, lo que es y lo que será, en lugar de haber sido, de ser y de guardar en estado latente posibilidades de llegar a ser, en sí mismos y por sí mismos, ¿no tendrán más bien una única manera de ser? ¿Hay creación? Donde todo está lleno, ¿cabe algún producto de esa creación? ¿Es que todo está lleno? ¿Puédese concebir con certeza lo que es, lo que fué y lo que será, en una gran potencia, o viceversa?

*

146.—¡Hombres, guardad silencio! Yo tengo una ave que canta. Y su canto es un salmo. He podido adivinar que dice cosas hondas en su canto. Las he escrito y aquí os las traigo escritas. Esa ave es la representación genuina de mi *yo*, libre de sombras.

Y empezó a decir en dulces frases musicales: «Todo lo que existe en el universo es objeto de mi cariño, de mi amor. El amor más elevado del hombre es el amor de lo abstracto. Amo mi queja y amo los templos de cuya barbarie me quejo. Amo al mahometano y amo al teósofo. A todos los hombres les amo. Amo la pasión flamígera del deseo de vivir. ¡Oh, la fealdad de los sapos!, ¡qué atractiva y maravillosa es la fealdad de los sapos! Todo lo que existe es belleza. Amo la guerra y la paz, la virtud y el crimen, el bárbaro adulterio y la bárbara venganza. Todo es maravilla en mí y en torno mío. Amo, ¡quien lo sospecha! amo el odio. Amo la bofetada del enemigo; amo la cárdena ira del enemigo se-

diento de sangre. ¡Todo lo amo en mí y en torno mío!»

Y siguió cantando mi ave, siguió cantando, hasta que se fugó el sol en la cuenca iluminada del cielo. El resto no os lo traigo escrito, hombres, hermanos míos, porque mi ave dijo cosas que me hundieron en las más profundas de las contemplaciones abstractas.

*

147.—No es imposible la fusibilidad de los sentidos;—conocidos y desconocidos—de cada uno con cada uno de los otros, y de todos, en dos o más o en todos. Dicen que los ciegos ven los colores con los dedos.

Una fusión de ese género cambiaría la faz del mundo del conocimiento, en gran parte.

No es poca cosa poder transformarse conforme la necesidad del momento en un perceptor todo oídos, o vista, o paladar, u olfato, etc., etc.; o en ocasiones más complejas, en uno todo oídos, olfato, vista, paladar, tacto...

¡Oh, los poetas, los filósofos y los sabios de ese entonces lejano!

*

148.—Si la ley no persiste aun dentro de las transformaciones del tiempo y del movimiento, al través del espacio, es en vano buscar la ciencia. Pero la persistencia implica la igualdad y el estancamiento absoluto de algo indivisible. La filosofía todo lo encuentra divisible e inescrutable, la sabia filosofía.

*

149.—¿Se puede demostrar que el cambio de forma no es cambio de esencia?

¿Es necesaria la demostración?

*

150.—Esta obra no es una planicie monótona. La naturaleza no es otra planicie monótona. Abismos, volúmenes, planos, las caracterizan a ambas, en un flujo y reflujo de todo color.

*

151.—Nos dice Aristóteles que es más fácil destruir que construir, y que no es más digna aquella operación que esta otra. Y no explica la razón que tiene para afirmarlo.

Es sencillo destruir cuando la construcción no se ha puesto a salvo. Pero una verdad absoluta es indestructible. (Véase mi af. 134.) El valor intrínseco de la destrucción consiste en la realidad de su energía destructora. El poder no existe en la nada. Toda significación es fuerza en sí misma. La destrucción vulgar no existe sino como cambio formal, y no sabemos si el cambio de forma es cambio de esencia.

En suma: ¿hay fuerzas destructoras? Si existen esas fuerzas, ¿de qué modo se destruiría lo que se mantiene en virtud de representaciones?

Aristóteles no hubiera podido defenderse fácilmente de esta embestida.

*

152.—Es probable que el cambio no sea cambio; probablemente el cambio no existe. Para hacer esta afirmación arguyo cincuenta probabilidades contra cincuenta, poniéndome de parte del aspecto que después se verá. Me quedará algún día en que deba ponerme de parte de las otras cincuenta probabilidades.

No siempre que se dividen los aspectos en cien probabilidades para alegar tantas en contra o en favor de una u otra resolución, en cualquier materia, resulta que se han incluido precisamente los aspectos a que era la intención referirse. Sinembargo, no hemos de negar que todo está unido en estrecha relación con todo, aunque no creo que *todo esté en todo*, como creen muchos pensadores. Únicamente pienso que *todo se mantiene en colaboración de todo.*

Pero, prosigamos en nuestro asunto planteado. Si el cambio sustancial no existe, tampoco existen el *efecto* y la *causa*, y son una utopía, una utopía relativa.

He aquí las proposiciones provisionales que planteo para el objeto que me propongo:

Admitiendo por ahora que el *cambio de esencia* no existe, los elementos sustanciales de A y de B, respectivamente *causa y efecto* de un choque, *no se alteran.* Lo que ocurre—en la misma suposición de que pueda ocurrir algo sin cambio—es una disgregación de esos elementos hacia el exterior de unos centros, para empujar el interior de otros núcleos centrales, sin que estos *desaparezcan en aquellos, ni viceversa.* En consecuencia, A y B están integrados por

unidades relativas susceptibles de alteraciones que en sí mismas no son alteraciones, desde luego que la sustancia permanece inmutable, a pesar de la mutabilidad de espacio o movimiento que aquí, por ahora, no se considera mutabilidad. Ahora pregunto: ¿cuál ha sido la *causa* de un cambio que no ha sido cambio esencialmente? Por ventura, ¿nos hace falta la ley de la *causalidad* para el cambio? El movimiento sin alteración de lo sustancial, ni de las *capacidades* inexistentes del espacio (el espacio es inconcebible sin capacidades) en la unidad relativa, falsa puesto que el mismo número abstracto que la indica es complejo en esencia, ¿implica disgregación de los elementos que integran alguna unidad absoluta dentro de esa falsa unidad? Es que hemos admitido la creencia provisionalmente de la inmutabilidad esencial y de la unidad absoluta para hacer desaparecer la variación como *efecto* de *causas* reales, suficientes para producir alteraciones *puras.*

Sostengo que si esto fuera así, vivir como *unidad absoluta* significaría permanecer en un mundo en donde no habría *causas* capaces de producir *efectos*, en un universo en donde lo que fuera, *sería eterna y únicamente.* Es digno de observarse que la mayor parte de los pensadores, implícita y explícitamente, sostiene eso mismo de lo que ellos determinan con el nombre de *Kosmos uno e infinito,* por supuesto, sin la consecuencia que deduzco de la suposición de esa *unidad absoluta.*

En último término, si el alma es *una,* una

absolutamente, se me ocurre que es incapaz de altérarse en virtud de la evolución de *efecto y causa.*

*

153.—Sentir profundos deseos metafísicos, emociones metafísicas; apreciar en cuanto es posible apreciarlo, el curso que siguen las energías, esto eleva al individuo de las épocas presentes al rango del filósofo, a la altura de la filosofía.

La pregunta es la puerta que conduce a toda la utopía del conocimiento. Las investigaciones filosóficas obligan a hacer grandes preguntas.

Y es necesario también para ser filósofo guardar una enorme cantidad de fuerzas plegadas.

*

154.—Metáfora, regia doncella mimada de todos los dioses del Olimpo: eres grande, bella, sinuosa como la sierpe de los montes, suave y plana como una alfombra. A ti llega la Filosofía a prosternarse humillada ante la infinita belleza de tu multiplicidad infinita. Reina de las reinas. ¡Metáfora sublime!

En mi palacio se hacen los elogios de todas las diosas del mundo. Mi palacio es un lema levantado como un templo para consagrar religiosamente la diosa más grande: la sublime *Existencia.* Todo cuanto es suyo es digno de las alabanzas de los hombres.

*

155.—El hombre superior en filosofía llega a constituirse en prestamista de ideas que cobra con el estigma del plagiario los crecidos intereses del préstamo. Y los necesitados de la idea, los poetas y los literatos, pagan cara su pobreza con ese estigma.

A estas horas estoy negociando en forma la institución de mi casa bancaria. Los intereses que se me deberán serán pagados con ayuda de la voz pública.

*

156.—Valorar las ideas, en lo que puede hacerlo el hombre, probablemente es vivirlas dentro de las capacidades necesarias para interpretarlas, cómo y cuánto lo piden sus totales características.

*

157.—*Puesto que todo sistema filosófico es, debe haber razón para que exista. Si los sistemas son, tienen su razón de ser. Así es como por primera vez me siento capaz de someterlos.*

*

158.—Los hombres manifiestan a veces sus inclinaciones perversas con desnudez, con sinceridad, aun tratándose de la hipocresía, en las oportunidades en que la denuncia no la repugne absolutamente. En casos como este no opera un verdadero propósito de avergonzar el motivo que

produce la hipocresía mientras existe el propósito de conservarla. Sucede una alternabilidad de predominio entre la falsedad y la franqueza, que permite la alternabilidad de las manifestaciones.

La psicología contemporánea desconoce la existencia de estos extraños fenómenos, capaces de cautivar la atención del investigador.

Hay sinceridad en la desnudez ingenua de las manifestaciones internas y externas. La típica sinceridad que denuncia en el mismo individuo, sus errores, en alternativas más o menos complejas, constituye una arma poderosa para combatirlos.

Como es fácil de notarlo, no es posible hablar de una sinceridad fija y lo bastante característica para determinar sus movimientos, porque ni es simple, ni constante en sí misma.

*

159.—Muchas veces me siento incapaz de soportar mis propias dudas, como quien es impotente para sostener en sus hombros su propia obra.

*

160.—El amor a la propia obra no debe nublarnos los ojos para apreciar sus méritos y deméritos.

*

161.—La arrogancia en la popularidad es un anacronismo.

*

162.—La simetría de las barandas de nuestros parques son un signo evidente del atraso de los contemporáneos. Mis contemporáneos conocen mejor la melodía que la armonía.

Esto no es obra de paradoja. Regístrense los archivos de música y no se encontrarán dos Wagner. Recórrase el mundo civilizado y se verá con dolor que la simetría *bárbara* es el lujo de las grandes capitales y demás poblaciones de importancia primaria y secundaria.

*

163.—¿Pretenderé yo, soñador diurno de utopías hermosas, ser más de cuánto soy? Ningún hombre sabe si soy más de lo que orgullosamente pretendo. Pero sí me queda un recurso. Quien desee conocerme *tiene necesidad de mi para conseguirlo.* Me conformo con ser una maravillosa trama de poderes universales.

¿Escepticismo u optimismo? Talvez no entran mis ideas en ninguno de esos dos terrenos trillados y estrechos. Hay algo más serio en mi filosofía que no germina en campos pequeños. Con diez años más de vida me explicaré con más amplitud. Aguardaos, amigos míos.

*

164.—Los padres del individuo no son su familia más íntima. Los hermanos son los más

próximos familiares del individuo. Media contribución del padre y media de la madre, les constituye a sus hijos. La parte del padre es ajena a la sangre de la madre, y viceversa. Pero los hermanos entre sí no tienen partes ajenas. ¿A partir de quienes debiéramos contar los grados de consanguinidad?

———

Mi *árbol de consanguinidades* puede prestar serios servicios al Derecho.

*

165.—Ha, cerca de ocho meses, hoy, sábado, once de octubre, que escribí, (af. 85) lleno de internas protestas, que había resuelto continuar mis estudios de pedagogía, interrumpidos por tres años de lucha, para titularme y seguir la carrera de maestro. Hoy, después de las pruebas finales, supe el resultado de mi sacrificio. Se consideró que soy incapaz de recibir a la par de mis compañeros y compañeras, el título de maestro, y se resolvió prorrogarme el plazo para recibirlo, por cuatro meses. ¡Pobre de mí!

¡Oh mis talentosos amigos del profesorado! Brenes Mesén y García Monge se dejaron engañar ingénuamente. ¡Ud., señor Brenes Mesén, que piensa con sinceridad que «es preciso ser astuto como la serpiente y puro como la paloma»! Brenes Mesén es más puro de lo suficiente con ciertas personas a quienes es casi *imposible que desconozca.* Pero talvez en torno suyo no quiera tener amigos perfectos, que no exis-

ten en toda la tierra, para servir de curador de almas.

Que sea prolífica la labor de Brenes Mesén en los campos de su patria.

La yesca no arde sin fuego. Abdicaría como filósofo si no sintiera entre hombres, o no quisiera sentir lo que se debe sentir entre hombres...

*

166.—No sé si soy un asno, un loco, un demonio, no lo sé. No sé a cuantos enemigos debo el favor de un desprecio fecundo, de una burla fecunda, de una herida justa, de un puntapié noble. No comprendo la trascendencia de haber sido audaz en mi obra. Soy misántropo porque me encuentro proscrito. A veces idealizo por cobardía. Soy envidioso del triunfo de los jóvenes. Me siento muchas veces hipócrita y débil. Enemigos míos, ¡soy un miserable! Cuando creo que deseo ser noble y que eso equivale a ser noble, pienso que no lo deseo sino por inteligencia. La virtud me fascina y me humilla. Sobre estas confesiones corre una ráfaga de intenciones astutas y engañosas. ¡Oh lectores míos, cuán vanos somos los hombres!

Estas son mis últimas palabras de esta serie aforística. He querido llenarlas de savia, de sangre. Detrás de la *Verdad*, no desprecio ocasión, por dura que sea, para presentárosla como una

inmaculada efigie. Hacer entrar el filo suicida en mi corazón, es mi afán único para confirmarle con sangre a la diosa inmaculada, en holocausto doloroso, el amor de su pobre siervo.

Pero a veces soy un hereje porque dudo de la realidad de los mundos.

Fin de la segunda serie

CARTAS

Dedico a la señorita Erlinda Vincenzi estas cartas, a mi adorada hermana, en homenaje a la diafanidad de su espíritu. Alma sencilla, discreta, corazón lleno de fuego, es mi dulce hermana el consuelo de mis frecuentes dolores.

M. VINCENZI

Señor don R. Brenes Mesén.

Señor: hoy deseo participar en su ilustre compañía del placer de conversar acerca del futuro del hombre. La profecía llama singularmente la atención de los seres conscientes en virtud del egoísmo que refiere todos sus esfuerzos a la posesión en devenir, de ese egoísmo preventivo que es atributo de mentes superiores.

Antes de aventurarnos a poner en función el don profético veamos lo que es el conocimiento de las cosas *a priori*, el *devenir*, el *conocimiento* en general y la *idea*, desembarazándonos de la vana preocupación de las *citas adocenadas* de que adolecen de modo singular, filosofistas, políticos de parlamento y eruditos.

Conocer en un sentido completo sería poseer la cosa inteligible objeto de conocimiento, en *toda su plenitud de circunscripción* bajo la *más absoluta* esclavitud (esclavitud absoluta implica obediencia absoluta) de existencias, por medio

de la más elevada conciencia universal, en caso de ser la conciencia lo más elevado y poderoso del universo, en estado funcional y constante (??) de inteligibilidad de esa cosa inteligible. En otras palabras, como está dicho en el aforismo número 40 de «MIS PRIMEROS ENSAYOS», «*el hombre no puede dominar en absoluto las fuerzas de la naturaleza sin identificarse con ellas en absoluto*», no puede conocer en el precedente sentido de la expresión sin identificarse con el universo en absoluto en un estado de conciencia *ultraporcional*, conjuntivo de lo existente, so pena de admitir cierto género de absolutismo hipotéticamente tangible de lo relativo, a que haré alusión en alguna circunstancia propicia. Como es fácil percibirlo, este concepto sobre el *conocer* es tan hipotético y condicional, como esté distanciado de representar un verdadero conocimiento. Aquí elevemos las manos a lo ignoto y oremos respetuosamente haciendo evocación de lo incognoscible del arcano universal, y loemos su misterio. *No más allá de lo que no es todo*, os digo, hombres.

Dícese de la *idea*, de cuantos modos es posible darlo a entender, entre la mayoría de las personas doctas, que constituye el conocimiento claro y múltiple de la cosa a que se refiere. Mi idea al respecto es que la *idea* no es el *conocimiento*, *en su sentido amplio*, de ninguna cosa, sino el reflejo en perspectiva de las cosas sobre los planos *atacables* de lo que denominamos *conciencia*, o de otra manera, *la proyección disminuyente* de los estados múltiples de esas cosas

sobre esos planos, actuando en potencia de los sentidos conocidos y desconocidos. En consecuencia, en mi concepto, *la idea es una manera de ser de las cosas, en unión inseparable con el infinito* y no un conocimiento de las cosas. Y todo se proyecta y refleja sobre todo, porque está de esa manera, llenando, para hablar metafóricamente, un vacío indispensable de llenar para repugnar de lo divisible y simple, de lo incongruente en un sentido imposible de existir en mente alguna, porque no es posible la existencia de sentido alguno sobre lo inexistente, es decir, en *el sentido de lo inexistente*, que, desde luego, es intangible. Con esa audaz idea acerca de la *idea*, poco satisfaré, lo repugno, a los espíritus flacos. Hablo a cierta clase de hombres.

Me queda por recordar que «*disfrutamos de la luz sin saber lo que es*». Asimismo la *idea* es luz disfrutable, hasta en tanto que desconocida. Toda sistematización explicada por unidad, número, mónada, diada, triada, idea, etc., etc., es producto de una miopía crasa, aunque justificable en ciertos planos de una filosofía superior que cabe en alguna mente moderna de los nuevos revolucionarios del pensamiento, ejercitada desgraciadamente en la contemplación del deslumbrante enigma. Pitágoras, Sócrates, Platón, Aristóteles, ¡no desaparecéis aunque os pongáis en un ocaso palpitante de histerias! Si habéis sido, no me explico de qué manera ha podido desaparecer lo que os compuso. Es tan difícil de producirse la disolución absoluta, como la

producción o creación absoluta. ¡Gloria a esta sublime y macabra máquina de los mundos!

Entiéndese que el conocimiento *a priori* de las cosas es posible de hacerse antes de llegar a las mismas, es decir, sin el indispensable contacto. Digo mal, no se entiende, se pretende y se ha pretendido entenderlo así. ¡Falsedad! No se ha visto el contacto por falta de poder visual y se ha desnaturalizado su posible existencia. ¡Ojos, no véis ni siquiera cuánto sois! Nada es concebible *a priori* ni tampoco *a posteriori;* todo toca a un presente que no debiera tener, o mejor, no tiene este nombre. Es preciso que penetremos un tanto más en la luz de esta general tiniebla.

Deviene, a mi concepto, lo que llega después o además. Llegar después no es posible en un penetrante sentido; llegar además tampoco es posible en tal sentido. Pero si fuera posible la producción y la disolución absolutas, otra cosa dijera. Predecir, profetizar en este último caso, sería quimera.

Profetizar no alcanza a quienes no tienen muy amplio y muy fino el sentido, o los sentidos conocidos y desconocidos, para dejarse atacar por ciertas influencias a cambio de un ataque a las mismas fuerzas de esas influencias.

Es tiempo ya de que vengan en buena hora mis profecías, mis cortas profecías sobre el futuro del hombre.

Velocidad, la del relámpago para las alas del hombre; tamaño, el de una, el de muchas constelaciones, para su cuerpo; intensidad la de ese

cuerpo, la del brillante estrujado en centenares de veces; cualidad la de esa forma extraordinaria, o mejor dicho, maravillosa, un caos de complejos; duración del cuerpo, la de cien constelaciones enfiladas en hilera continua; historia de su pasado, un pedazo microscópico de inteligencia; deseo de su porvenir, el provocado por una ansia más grande y más bella que todo un cielo lleno de estrellas. . . . .
. . . .
. . . .

M. VINCENZI

Para don Moisés Vincenzi.

Joven filósofo,

Su definición del conocer y el contenido de su aforismo 40 son antagónicos. Plenitud de circunscripción de las cosas inteligibles e identificación con las cosas mismas son tan distintas como la Naturaleza real y la Naturaleza fenomenal. Por absoluta que sea la manera como su mente circunscriba una cosa inteligible nunca pasará de la superficie, del contorno externo de esa cosa; mientras que si Ud. se identifica con ella se ha puesto en las mejores condiciones

posibles de conocer, no en el sentido ordinario del término, sino en aquel otro que tiene relación con el conocimiento noumenal de las cosas. Así, su definición, con el aparato de abstracción con que Ud. le ha revestido, no va más allá de la piel de las cosas.

El verdadero conocimiento es una trasfusión de la conciencia en el interior de las cosas; cesa de ser una actividad de la inteligencia razonante, porque se ha convertido en percepción directa de la esencia entitativa noumenal de las cosas. Lo que Ud. llama don profético en muchos casos no es otra cosa que esa visión directa en el interior de las cosas. Lo cual se alcanza con el ejercicio de uno de los sentidos que Ud. clasifica en el número de los desconocidos.

Su definición de la *Idea* le deja a Ud. clasificado entre los discípulos del Realismo medioeval que es una supervivencia de las Ideas prototípicas de Platón. Pero como Ud. agrega que es en inseparable unión con el Infinito como la idea existe, pasa a ser un discípulo del mentalismo Americano, que a su vez no es otra cosa que una proyección en disminución de las doctrinas orientales que tanto desagradan al joven filósofo. Ya ve Ud. cuán vastos son los dominios de Platón y de Pitágoras! Por más que huye y se proteiza Ud. siempre le encuentro en los cercados ajenos de que Ud. quisiera salir, demasiado pronto a mi ver.

Su negación de lo concebible a priori o a posteriori me produce una curiosa impresión. Se trata de conclusiones alcanzadas antes de la

observación de los hechos o después de la observación de ellos; se trata de un razonamiento que parte de conceptos adquiridos y que por analogía se aplican en un caso particular, precediendo a la experiencia y en este sentido se afirma con razón que hay razonamientos y conclusiones a priori o a posteriori, si las conclusiones siguen a la observación de los hechos. Pero si Ud. quiere hablar de la Intuición, que establece lazos no perceptibles, estamos de acuerdo.

Respecto de su profecía, aplicación de la pretendida ley del progreso indefinido,—que tanto censuran a los teosofistas—cabría hacerle una pregunta: ¿Cuáles hombres alcanzarán esa forma de desarrollo, los mismos que habitamos hoy o que habitaron ayer esta Tierra o son otros hombres que nada tienen que ver con nosotros? Si lo primero, acepta Ud. la Reencarnación, como Pitágoras y Platón y es Ud. uno de los nuestros. Si lo segundo, su barca flota en el vacío.

Su amigo,

R. Brenes Mesén

Señor don R. Brenes Mesén.

Distinguido escritor: «*el aparato de abstracción*» con que va investida mi carta probablemente le ha vedado a Ud. el camino para interpretarla. De verdad, lo siento.

Su insigne afán de clasificar las personales ideas de mis escritos en el rico casillero de sus vastos conocimientos, no me desconcierta lo más mínimo. Ud. me hace un favor secundario que le agradezco en lo que me es posible.

Hay en su preciosa carta, por lo demás, una intensidad de recuerdo tan digna de elogio, como la impecable forma en que está hilvanada. Escritores de su talla (hablo de la forma que emplea en la controversia filosófica principalmente) pueden leerse con atención nada más que para complacencia del gusto, en el caso de no tener médula la dirección de sus tendencias. Me complace creer que su caso es otro, aunque no al tratarse de la filosofía. No puedo asegurar con mucha autoridad que mi juicio acerca de Ud. sea imparcial. El cariño que le tengo como a un protector talvez desvíe mi razón al tratar de sus méritos personales. Sirvan estas palabras de promesa respetuosa y sincera, humilde y talvez torpe, que compromete mi cariño para nuestro primer filólogo.

Contesto a su intencionada pregunta con que cierra su carta, pocas palabras. El conjunto de mi obrita le dará, con un poco de paciencia de su parte, la respuesta de esa hábil pregunta.

Su respetuoso amigo,

M. VINCENZI

Para don R. Brenes Mesén,

mi maestro de cultura general.

Querido maestro: ¿existen los cambios tales como existieron y como existirán? En el caso afirmativo el cambio, en puridad de verdad, es un absurdo, porque lo que no cambia no constituye en sí mismo capacidad variante. ¿Puede existir en forma alguna, la creación en donde no es posible que se opere la transformación del cambio? En el caso de afirmarlo se puede argüir sin menoscabo de parte de la grave razón, que toda creación es absurda, porque dentro de lo inmutable nada puede generarse que no provoque un trastorno *absoluto* de la inmutabilidad, aunque fuera en virtud de la, al parecer, insignificante mutabilidad de la forma.

Maestro: ¿a fe de qué alada inspiración puédese afirmar que el Kosmos sufre la sangrienta necesidad de la transformación del progreso? Sin esa necesidad universal, ¿a qué respondería el infatigable afán de evolucionarnos? ¡Oh, caro maestro, no entiendo cómo es posible la existencia de la afirmación! Cada vez me siento más sonámbulo, más enfermo. ¡Pobre peregrino!

M. VINCENZI

Para don Moisés Vincenzi.

Joven filósofo,

Los cambios existen tales como existieron y como existirán y la periodicidad de esos cambios constituye la trascendencia de la ley. No hay otra inmutabilidad que la de la Ley, esto es, que la del cambio, porque la ley lo implica. Nada puede existir sin el cambio, ni siquiera la existencia misma. El Espacio y el Tiempo se hallan en perpetuo devenir. El Universo, esto es, el Kosmos, la Armonía por excelencia, no es otra cosa que una concreción de las Fuerzas Divinas en el espacio y el tiempo. Y esas Fuerzas Divinas, encarnadas en la vibración alada, van llevando todas las cosas, que son tan sólo su expresión formal, a través de las trasformaciones, a la relativa perfección de una relativa eternidad. Afirme y no tema afirmar: la afirmación es peldaño en la marcha ascensional del entendimiento hacia la Verdad. Su presencia en la vida es una tremenda afirmación. Real como el peñasco y eterna como el Tiempo es la afirmación de su conciencia que siempre será como siempre fué. Sobre esa afirmación descansan todas las demás de Ud. Destruya los peldaños subidos; pero no aquel sobre el cual se encuentra de pie, porque el abismo le espera.

Afirme y afírmese, sonámbulo peregrino! [1]

Su amigo,

R. Brenes Mesén

---

[1] Nota: En el aforismo 114 se encuentra implícita la refutación de este hermoso e inteligente compendio helénico de teorías filosóficas, y en los otros aforismos en que trato del *conocimiento.*

Señor don R. Brenes Mesén.

Ilustre escritor: serían vanas las fuerzas que invirtiera en conseguir honores que no conduzcan o deseen conducir a lo real: vivir en la profunda contemplación de esto hará de palabra por palabra de las mías, de acto por acto de los míos, en cuanto me sea posible, un acontecimiento contemplado por un estado más o menos variable de conciencia *egoísta*, que será juez de hierro. Trabajaré porque mi Canciller de hierro sea la expresión más elevada de mi inteligencia, entendiendo por inteligencia todo poder de facultad capaz de hacer conocer, es decir, todo poder de toda facultad. Extremar esta conducta creo que es propio, antes que de un joven, de un niño, de un anciano, del *pensador*. No creo que en todos los casos deba esperarse igual fructificación de todos los individuos de una especie: conocer que la evolución es quien da los resultados, no es darse cuenta exacta de todas las funciones de la misma. Se vería a cuánto puede llegar esta última proposición condicional si se quisiera hacer minucia de los ángulos que cuadran a la intención de quien la expresa de esa manera. De un joven podemos esperar un viejo consumado en sabiduría sin que se pretenda atribuir el resultado al milagro; de un viejo, un niño superficial. Por esto entiendo que no debe relegarse al hombre, en materia de conocimiento, a su condición de edad,

pues que sería semejante que pedirle al político otra conducta que la del sensato: quien entra a la palestra de la sabiduría va a encontrarse con un solo gigante: el universo, a quien ase de sí mismo. A quien piensa exíjasele obra, obra en el sentido de todo cuanto implique movimiento, a lo pensador, y, en ese concepto, que se las entienda el reflexivo de una u otra manera, poco importa. Me cansa ver que se me pesen las ideas en cuanto soy joven. Es preciso sentirse capaz de pesar la idea en sí. Cuando se ama el pensamiento en sí mismo y por sí mismo, se actúa en una etapa peligrosa de pretensión egoísta. Para elevar el canto de la verdadera fama en honor de un hombre hay que buscarle en la cima de las elevaciones contemporáneas de él; en las faldas de las cumbres tan sólo hay quienes pretendan sentir el frío de las cimas y no quienes le hayan sentido. Pero, ¿y lo condicional, y lo relativo? Estos enigmas, son enigmas, pero nos sirven de puente para seguir hacia eso que denominan el infinito por la ruta de piedra del esfuerzo. Cuando cese el enigma cesará el hambre y la existencia.

M. VINCENZI

Para don Moisés Vincenzi.

Estimado joven:

Aspira Ud. a vivir en la profunda contemplación de lo real. ¿Cuál es su realidad? ¿Per-

tenece a su realidad lo que cae bajo el dominio de los sentidos? Porque si así fuere su contemplación sería tan vana como la del joven que se detiene por mero pasatiempo a contemplar el curso de las aguas del río: allí está el río, pero allí no están las mismas aguas. Pero si su realidad está más allá de lo transitorio en lo fenomenal, no hable Ud. de conciencia egoísta, porque ello significaría incomprensión de la verdadera realidad.

Haga Ud. su conciencia de hierro; maleable, como el hierro; buen conductor, como él; inducible, como él. Las grandes ventajas del hierro son su plasticidad, sin la cual no existiría la adaptabilidad, que hace de ese metal el segundo colaborador de la Civilización.

No creo que haya una sola persona medianamente preparada que pudiera esperar de todos los individuos de una especie una igual fructificación. Y pláceme verle afirmando que «el conocer que la evolución es quien da los resultados, no es darse cuenta exacta de todas las funciones de la misma.»

Aun son desconocidas las maravillas existentes sobre la tierra que han sido producidas por la Evolución. Porque se conoce la de las formas; pero cuán poco se ha estudiado lo que puede engendrar la Ley de Evolución conscientemente aplicada a la inteligencia y al corazón humano. El corazón humano, como instrumento del conocimiento! Cuán raros son los hombres que lo sospechan!

Jamás comprenderá la mente de los hombres

el milagro de los niños precoces y de los jóvenes consumados en sabiduría mientras no inquiera los secretos y distantes efectos de la misma Evolución eternizándose en el Tiempo e infinitizándose en el Espacio. Mientras tanto continuará siendo un milagro para la Embriología y para la muchedumbre la aparición de los niños-prodigios.

Quien puede lo más, suele poder lo menos. Hay acaso campos especiales para ejercitarse en los vuelos del Pensamiento, a la manera de los campos de aviación? No es precisamente prueba del original poder de pensar el reunir las versátiles pajuelas de las ideas que se juzgan banales para construir con ellas el Templo invensible del Symposium de Platón? Cómo hay minucias que arredran a los pichones de águilas? Si es águila, que vuele para verle por encima de las nubes llevando entre sus garras o la res o la tortuga. Para ella eso es lo mismo. Las cimas! Quién está seguro de que su cima no sea sino simple terraza avanzada del monte velado?

Que el enigma, gemelo de la esfinge, no le devore en mitad de su camino!

R. Brenes Mesén.

Señor don R. Brenes Mesén.

Señor: aspiro a vivir en la profunda contemplación de lo real, si lo real existe. Entiendo

provisionalmente por *sentido* la capacidad de apreciar la presencia de cualquier cosa que sea tal por el mero hecho de existir. Ato mi conducta a las leyes *condicionales* que me tributa el esfuerzo de mi inteligencia. Juzgo el estudio y conocimiento provisional de toda fenomenología, no residente más acá ni más allá de la de la conciencia, porque estimo que los poderes humanos son *incapaces* de conocer de una manera *absoluta,* la conciencia, el más acá y el más allá, asimismo como toda porción cósmica, si es que se la puede llamar porción, y cósmica. ¿Hay, lo sabemos de una manera absoluta, una Ley de Evolución? Si existe esta Ley, es más sabio quien haga vacilar su conocimiento condicional en la *duda* más brutal, que quien determina o pretende determinar un momento de evolución en la idea, momento que se quedará detrás en virtud de tal evolución. La duda que al par que duda no se niega al *condicionamiento de las más atrevidas afirmaciones para salvar probabilidades,* tiene ganado, lo creo condicionalmente, el poder de eso que llaman afirafirmación y talvez una ilimitada visión de un horizonte vastísimo que abarca innúmeros momentos—sirva esa expresión para denominar ese no se que de la medida del *tiempo,* palabra inconcretable para todos en su sentido, que yo sepa—de heterogéneas actuaciones. Es decir, que la duda que no impida trabajar, aunque no conozca o dé medios de conocer en lo que trabaja, y si existe, gana si es posible ganar algo, (permítame, docto investigador, el trans-

cendentalismo de mis palabras, si es que hay algún transcendentalismo investigativo, para explicarme) la posible conquista del afirmante y la otra porción que le corresponde como vidente de más amplias latitudes: hablo de una especie superior de videncia que difunde el ser, es probable, en palpitaciones de sutilísimo arco de acción.

Señor: ¿qué es conciencia, qué es hierro, y las cualidades que se le califican, qué son? ¿En cuánto son estas cosas y como son explicándolo de una manera absoluta, ya que se las hace servir en un comercio de conceptos como si se las conociera clara y distintamente? ¿Acaso es posible hablar de la posesión de una cosa en un intercambio comercial, sin que se la posea lo suficientemente para operar conforme a la pseudo-virtud sancionada por la muchedumbre?

Las cosas, mi querido protector, me parecen muy otras bajo el examen de una rigurosa filosofía, de una filosofía más tolerable. Su bella carta me parece que está nutrida de savia de encantadores orientalismos que quizá merezcan de un modo o de otro, en campos extraños, una profunda admiración. Toda la filosofía, la de antaño y la de hogaño, forma algo maravilloso, es probable, que ha de hundirse en el abismo de la maga de la *sorpresa*, esta insaciable maga. Me basta ver los retratos de los pensadores para adivinar que tienen semejantes pensamientos puesto que gozan de semejantes narices, ojos, cabezas, expresiones. Me veo decadente cuando siento en mí esos órganos y semejantes gestos.

¡Pobre y grande filosofía antigua y contemporánea!

Siento el deseo de separarme de la manera acostumbrada de investigar de los hombres para hacerles, ¿qué, un bien? nó, una acción transformativa cualquiera.

Mi desiquilibrio de ahora será mi equilibrio del mañana; amo la aurora del mañana. Desprenderse del común de la acción general no es locura, es grandeza.

Permítaseme divertlrme afirmando un rato. El desconcierto de ayer fué concierto de ayer de otra manera superior, porque es el admirado concierto de hoy. Es un deber ser cuerdos aunque la inteligencia nos obligue a ser trascendentalmente cuerdos.

¿Qué es el tiempo, el espacio, el movimiento... etc., etc., el infinito, la unidad del universo, la armonía de los mundos? Se pretende saber que no se sabe que son pero se continúa creyendo a fe de un craso absolutismo que se conocen sus valores intrínsecos, en tanto que hipótesis los explican para el servicio más o menos dogmático de un montón de respetables creencias.

¿El que no se conozcan los misterios de la evolución embriológica nos faculta para hacer del germen morada de dioses mitológicos, a la manera del famoso de la *Extensión Inextensa* que goza de la maravillosa virtud de comer cosas extensas con dientes y boca inextensos? ¿Por qué darle esta solución forzadísima al problema?

Su respetuoso amigo y admirador,

M. VINCENZI

Señor don Moisés Vincenzi.

S. M.

Joven filósofo,

El tono general de su carta me deja una impresión de vacío. Como si la fantasmagoría del Universo le tuviese a Ud. desconcertado y sin posibilidad de orientación interna. La duda no puede ser nunca un fundamento de Filosofía, sino de Crítica. Gotama, anterior a Aristóteles, en la India fundó una parte de su filosofía sobre la duda y Descartes comenzó por ahí su análisis de toda la Filosofía de su época. No obstante cuanto les hizo grandes y útiles a la Humanidad no fué cuanto dudaron, sino cuanto afirmaron. Por eso ya una vez dije a Ud., afirme.

La recuesta de lo Absoluto es por el momento vana. Pero entre lo Absoluto y la Ignorancia relativamente absoluta hay vastos mundos de conocimiento que pueden ejercitar las mentes de los más atrevidos genios del porvenir. Afirme! La duda no ve, tan sólo vislumbra. La afirmación sí puede ser una nueva visión. Quien duda arrasa un campo: la nueva afirmación es la que señala la presencia del más vasto horizonte, más allá de las vallas de las antiguas afirmaciones. Es preferible ser un Alejandro, fundador de ciudades, que un Timur, destructor de ciudades. Si siente Ud. el empuje de un constructor, arrase; pero no olvide que debe analizar los instrumentos con que destruye, si

quiere ser un destructor consciente, y no un crotoniata ante Síbaris.

Eso que Ud. llama rigurosa filosofía en el examen de las cosas es para los físicos modernos sencillamente la mecánica intra- e interatómica; la Ciencia juzga que se trata de fenómenos de dinámica y no de filosofía. Pero hay algo que me llama la atención en un pasaje de la carta de Ud. Qué llama Ud. orientalismos? De modo que sus aficiones a la Filosofía no le han curado de preocupaciones y prejuicios y que vive Ud. como los otros, en la creencia de que la sabiduría es preciso beberla en las porcelanas occidentales para que sea verdadera sabiduría? Y qué lengua es la de Ud. si no aquella que tiene sus antepasados en el Oriente? Y quiénes enseñaron a filosofar a los hombres del Occidente si no esos Orientales que no estudiamos sino con una sonrisa de pretendida superioridad, nosotros los Bárbaros occíduos, que no poseemos una Metafísica tan trascendente como la suya, que comenzamos a balbucir las primeras frases de Psicología, que hace un siglo no teníamos la Lógica inductiva, nosotros que no hemos hecho un solo descubrimiento filosófico de Jesús para acá, sin precedentes en la Filosofía Oriental? Nosotros que no tendremos una sola sorpresa en el siglo veinte en lo relativo a las grandes cuestiones de la Filosofía, porque durante esa época, como en todas las anteriores, del Oriente nos vendrá la luz? Abreve su pensamiento en todas las fuentes de la sabiduría y deje lo de los «*encantadores orientalismos*» para

los filisteos de la prensa diaria. Ud. está obligado a pensar por cuenta propia. Cuidado con los carneros de Panurgo! De suerte que no le tomo a lo serio eso de querer separarse de la manera acostumbrada de hacer investigaciones, cuando ni siquiera se aparta de las formas consagradas para hablar de filosofías o formas de pensamiento que «*quizá merezcan, de un modo o de otro, en campos extraños, una profunda admiración.*» Qué campos extraños? Los tiene acaso su filosofía? Para la verdadera, para la buena Filosofía no hay campos extraños. Todos son sus campos.

El Panteón científico, sustituyendo palabras a fuerzas e inteligencias, no tiene más valor que las antiguas y más bellas mitologías. Así, sea Ud. «*Despréndase del común de la acción general*» de verdad y que no sea un sueño de Ud. el hacerlo algún día.

Muy afectuosamente,

R. Brenes Mesén

A don R. Brenes Mesén.

Paciente escritor: le confieso ingénuamente que creo que su contestación, inspirada en duros y nobles propósitos, a juicio mío, y en consecuen-

cia bella, sufre desvíos en cuanto no critica los tópicos de alguna importancia filosófica de mi carta y se complace en esquivar sus detalles más sólidos y más concretos. La novedad de mis conceptos y opiniones en general, de lo trascendente, es muy probable que tenga buena parte de culpa para oscurecer mi frase. No quiero creer en la completa culpa de usted en el asunto.

Con respecto a sus réplicas contesto con mucho gusto a los aspectos a que usted da mayor importancia.

Prefiero dejar en la sombra mi ser que en falsas claridades. Si la duda no puede ser un condicional fundamento—condicionalmente—para hacer seria filosofía, y únicamente es útil para la crítica, prefiero hacerme crítico que no filósofo. La novedad de mi filosofía a que he hecho ligera referencia, en parte consiste en la profundidad con que hago empleo de los recursos de la duda. Gotama y Descartes no creo que dudaran como yo pretendo saber dudar. El «*pienso, luego existo*» del pensador francés, me dice claramente que no supo dudar de una manera sólida como talvez corresponda hacerlo a una inteligencia genial. [1]

Dije en mi carta anterior que tomaré las medidas convenientes para saber ser afirmador hasta la temeridad, pero con la reserva de prudencia que justifiquen mis energías de filósofo. Permítame que le diga entre guiones que la misma carta que, según lo manifiesta, le ha parecido

(1) Véase el af. 114, ya citado.

un tanto insulsa, podría servirle de contestación a la crítica que ha tenido la cortesía de hacerle.

Me siento de acuerdo con usted, poniendo en ella de mi parte lo provisional, en cuanto a su afirmación que a la letra dice que *«la recuesta de lo absoluto es por el momento vana»*. Creo que esta lanza entra en las carnes de quien la ha arrojado. Siento mucho que no haya podido escaparse de una contradicción.

No atino a comprender qué diferencia metafísica existe entre el sentido de las voces *ver* y *vislumbrar*. Placeríame saber su criterio al respecto.

¿Cuáles pueden ser las vallas de las pasadas afirmaciones y de las que van a pasar? Me complace sobremanera estar enterado de que para usted no hay afirmación sin valla. Segunda contradicción.

¿Hasta qué punto se separa la ciencia de la filosofía? ¿Es posible alguna separatividad entre la ciencia y la filosofía? ¿No seremos en esto víctimas de algún prejuicio traidor? Lo sentiría mucho.

Al hablarle de los orientalismos lo hice sinceramente sin el pecaminoso deseo de darle un tono irónico a la frase. A usted le he manifestado repetidas veces, por otra parte, que estimo que probablemente toda manifestación cósmica es manifestación del cosmos, y en consecuencia irreductible al parecerlo, su propia manifestación, su propia sabiduría. Me permito respetuosamente hacer el reclamo a su discreta memoria.

No recuerdo haber afirmado en ocasión al-

guna que el Occidente sea más sabio que el Oriente, en cuanto se les puede aparear en una misma época. (Téngase en cuenta esta observación última). Muy bien dice usted que es un prejuicio creer «*que la sabiduría es preciso beberla en las porcelanas occidentales para que sea verdadera sabiduría*». De mi parte agrego que también es un prejuicio, y de los más grandes, creer que sólo existe la sabiduría en las cántaras indias, asimismo como afirmar que las presentes épocas pecan por escasez de fuerza para emprender las grandes siegas del espíritu. ¡Acero para el acero! El acero limpio brilla con destellos de mansedumbre cuando lo manejan caballeros hidalgos.

Sin desear sistemáticamente ponerme de parte de los occidentales, me permito recordarle respetuosamente que de Cristo para acá, no hace medio siglo todavía, vivió en Europa el César de los pensadores. Bebió de la sabiduría del Oriente para convertirla, superándola en mucho, en fuentes occidentales de poderes renovadores de las artes, de la filosofía. ¡Oh acontecimiento maravilloso el de la vida de este hombre! Si mi flaca ilustración no me impidiera hablar de otro modo de la obra de este sublime pensador, a fe mía que muy de otra manera lo hiciera en esta sencilla ocasión.

Estoy muy de acuerdo con usted en que cierto «*Panteón científico, sustituyendo palabras a fuerzas e inteligencias, no tiene más valor que las antiguas y más bellas mitologías*». Usted sabe muy bien que no desprecio por el momento,

aunque las explique de diversa manera, esas fuerzas e inteligencias, o sencillamente, esas fuerzas. No lo olvide. Los prejuicios no han logrado arrebatarme la serenidad de inteligencia necesaria para apropiarme de lo útil sin ver si desciende del Tibet o del corazón de Africa.

Su respetuoso amigo,

M. Vincenzi.

CONTINUARÁ


IMPRENTA
LEHMANN
SAN JOSÉ, C. R.